BIBLIOGRAFÍA:

1. Women in Traditional China | Asia Society:

La historia de las mujeres en China revela una trayectoria marcada por la subordinación estructural al orden patriarcal, consolidado desde las dinastías más tempranas y legitimado por discursos filosóficos y rituales. Desde la antigüedad, el sistema familiar chino se organizó en torno a la patrilinealidad: los sacrificios a los antepasados se dirigían exclusivamente a los ascendientes varones, lo que relegaba a las mujeres a una posición secundaria. La narración histórica, además, tiende a representarlas como causa de desorden, sospechosas de intriga o manipulación, y raramente como sujetos autónomos. Así, la identidad femenina quedaba definida en función de su relación con los hombres: hija, esposa, nuera, madre o suegra.

La filosofía confuciana desempeñó un papel fundamental en la naturalización de esta jerarquía. Confucio exaltó la piedad filial y los ritos ancestrales como núcleo de la vida social, lo cual reforzó la centralidad del varón como transmisor de la descendencia. Su discípulo Mencio llevó esta lógica al extremo al considerar que lo más grave era no tener hijos, lo que acentuó la preferencia por los varones. Paralelamente, la teoría del yin y el yang consolidó la desigualdad como parte del orden cósmico: lo femenino debía ser blando, pasivo y receptivo frente a lo masculino, activo y dominante. Esta naturalización del sometimiento legitimaba que los hombres lideraran y las mujeres siguieran, estableciendo un marco ideológico difícil de cuestionar.

Durante la dinastía Han, estas ideas se reforzaron a través de leyes y textos moralizantes. Aunque la esposa principal ocupaba un lugar central en el matrimonio, la práctica de la concubinación amenazaba constantemente su posición. La literatura didáctica, como las Biografías de mujeres ejemplares o las Admoniciones para mujeres de Ban Zhao, codificó un modelo de virtud femenina basado en la humildad, la obediencia y el sacrificio. De esta forma, la cultura oficial institucionalizó un vocabulario moral sobre las mujeres que las situaba como guardianas de la armonía familiar, siempre en subordinación al varón.

A pesar de ello, la realidad social mostraba fisuras en este modelo. En la época Song y posteriores, las fuentes revelan a mujeres que gestionaban negocios, administraban finanzas o producían literatura, aunque la ideología dominante intensificaba nuevas formas de control, como el vendado de pies o la castidad de las viudas. El primero, ligado a la estética y a la inmovilidad, reducía la autonomía física de las mujeres, mientras que el segundo las obligaba a renunciar a nuevas uniones, incluso a costa de la propia vida. En la dinastía Qing, estas prácticas alcanzaron su mayor radicalización, coexistiendo paradójicamente con un florecimiento de la escritura femenina, lo que demuestra que, incluso bajo un sistema restrictivo, las mujeres lograron espacios de expresión y prestigio cultural.

No fue hasta el siglo XX cuando el sistema familiar tradicional comenzó a ser cuestionado abiertamente por intelectuales y reformistas. El rechazo al pie vendado, a la castidad forzada de las viudas, al concubinato y al control paterno del matrimonio supuso un giro decisivo hacia la emancipación femenina. Sin embargo, es importante reconocer que, a lo largo de los siglos, muchas mujeres pudieron encontrar estrategias de agencia y formas de satisfacción dentro de un orden que, en apariencia, solo las concebía como secundarias.

En conclusión, el recorrido histórico evidencia que la subordinación de la mujer en China no fue un accidente, sino el resultado de un entramado cultural, filosófico y legal que la naturalizó durante siglos. No obstante, la misma historia muestra que, aun en condiciones de desventaja, las mujeres desarrollaron resistencias, influyeron en la vida social y cultural y, en ocasiones, transformaron desde dentro los límites impuestos. El estudio de este proceso permite comprender cómo las ideologías patriarcales se sostienen en el tiempo, pero también cómo, de manera sutil, pueden ser erosionadas por la acción cotidiana de quienes parecen más restringidos por ellas.

2. Nüshu: China's secret female-only language:

El descubrimiento y la recuperación del Nüshu, el único sistema de escritura en el mundo creado y utilizado exclusivamente por mujeres, representa un fenómeno histórico y cultural de gran trascendencia. Nacido en las aldeas rurales y aisladas de la provincia de Hunan, este código permitió a generaciones de mujeres analfabetas expresar sentimientos íntimos, compartir experiencias y construir vínculos de solidaridad en un contexto de fuerte opresión patriarcal. Frente a la imposibilidad de acceder a la educación formal y a la restricción de la vida pública, el Nüshu se convirtió en una herramienta de comunicación íntima y liberadora, tejida en poemas, canciones y bordados que revelaban tanto las alegrías de la amistad como las penas del matrimonio forzado o la soledad de la vida conyugal.

El valor de este sistema no radica solo en su singularidad lingüística, sino en el hecho de que dio origen a una cultura femenina paralela que resistía, de manera discreta pero firme, la hegemonía masculina. A través de cartas, canciones y objetos bordados, las mujeres pudieron articular un discurso alternativo, un espacio simbólico donde expresar dolores silenciados y establecer redes de "hermandad jurada". En este sentido, Nüshu no debe entenderse únicamente como un recurso práctico de comunicación, sino también como un acto de resistencia cultural, un gesto que desafiaba el orden establecido al crear una esfera exclusivamente femenina en una sociedad que les negaba voz.

El destino del Nüshu, sin embargo, también muestra la fragilidad de estas formas de resistencia. Durante siglos, permaneció oculto al resto del mundo, y con la llegada de la Revolución Cultural, muchos de sus textos fueron destruidos y sus prácticas prohibidas. Paradójicamente, gran parte de lo que hoy conocemos se debe a la labor de Zhou Shuoyi, un investigador varón que, pese a la persecución política que sufrió, tradujo y compiló los primeros diccionarios del idioma. Su trabajo, junto con el de las últimas "herederas" de esta tradición, ha permitido preservar un legado que de otro modo se habría perdido.

Hoy, el Nüshu se encuentra en un proceso de resignificación. Ya no cumple la función original de servir como refugio íntimo en un entorno opresivo, sino que se ha convertido en patrimonio cultural, objeto de museos, clases y festivales. Esta transformación puede leerse en dos direcciones: por un lado, corre el riesgo de banalizarse como atracción turística; pero por otro, asegura su supervivencia y lo convierte en un emblema de la creatividad y la resiliencia femenina. En cualquier caso, la pervivencia del Nüshu recuerda que incluso en condiciones de desigualdad extrema, las mujeres han sabido generar espacios de expresión propios, afirmando su identidad y su memoria colectiva.

En conclusión, el Nüshu es mucho más que un simple sistema de escritura. Es el testimonio de la capacidad de las mujeres para reinventar el lenguaje como estrategia de resistencia frente a la opresión y como herramienta para tejer lazos de apoyo y complicidad. Su actual renacimiento no solo rescata una tradición amenazada por el olvido, sino que también proyecta hacia el presente un mensaje de fuerza y creatividad femenina que trasciende el tiempo y las fronteras culturales.

3. Nüshu: Unveiling China's Hidden Female Language and Its Impact Today - Chineasy:

El Nüshu, conocido como la "escritura de las mujeres", constituye un ejemplo singular de cómo la creatividad femenina supo abrirse paso incluso en condiciones de marginación y silencio. Surgido en la región de Jiangyong, en la provincia de Hunan, este sistema gráfico fue desarrollado y transmitido exclusivamente por mujeres que, privadas de acceso a la educación formal, encontraron en él un medio para comunicar sus emociones, compartir consejos y reforzar lazos de solidaridad. En una sociedad que imponía a las mujeres el pie vendado, la obediencia conyugal y la restricción al ámbito doméstico, el Nüshu se convirtió en un gesto de resistencia discreta: una "rebelión silenciosa" escrita con trazos finos y elegantes sobre papel, tela o abanicos.

El valor de este lenguaje no reside únicamente en su rareza lingüística, sino también en su dimensión cultural y simbólica. Frente a un orden patriarcal que invisibilizaba las voces femeninas, las mujeres de Jiangyong inventaron un código que les permitió elaborar poemas, canciones y cartas profundamente personales, a menudo expresadas en los "libros del tercer día" entregados a las recién casadas. De este modo, el Nüshu funcionaba como un espacio paralelo de comunicación íntima, al margen de la mirada masculina, donde se transmitían consejos, desahogos y deseos que la tradición oficial silenciaba. Así, el script no solo fue una herramienta de expresión, sino también una forma de crear comunidad y reforzar vínculos afectivos en medio de la opresión.

Sin embargo, la naturaleza secreta del Nüshu también implicó su fragilidad. Durante siglos, los textos solían ser destruidos al morir sus propietarias, lo que redujo drásticamente el número de testimonios conservados. Con la incorporación de las mujeres al sistema educativo formal, el uso de este lenguaje perdió relevancia y estuvo a punto de desaparecer. Fue recién en la década de 1980 cuando, gracias a la labor de investigadores como Zhou Shuoyi, el Nüshu fue redescubierto y reconocido como un patrimonio cultural de enorme valor. Este rescate no solo impidió su desaparición definitiva, sino que lo proyectó como símbolo de resistencia, resiliencia y sororidad.

Hoy, en un mundo globalizado, el Nüshu ha adquirido un nuevo significado. Más que un instrumento de comunicación privada, se ha transformado en un emblema de la creatividad femenina y en una fuente de inspiración para quienes buscan visibilizar la fuerza de las mujeres en la historia. Su preservación a través de museos, estudios académicos y proyectos culturales asegura que este legado no se reduzca a una curiosidad antropológica, sino que siga recordándonos la capacidad de las mujeres para inventar lenguajes propios allí donde la palabra les fue negada.

En definitiva, el Nüshu representa mucho más que un sistema de escritura alternativo: es la prueba de que, incluso en condiciones de silencio impuesto, las mujeres han sabido generar espacios de expresión autónoma y resistencia simbólica. Su redescubrimiento y resignificación contemporánea lo convierten en un recordatorio vivo de que el lenguaje puede ser, al mismo tiempo, refugio, protesta y puente de unión entre mujeres a lo largo del tiempo y las culturas.

4. Nüshu: from tears to sunshine | The UNESCO Courier:

El Nüshu, considerado el único sistema de escritura creado y usado exclusivamente por mujeres, constituye uno de los testimonios más significativos de la capacidad femenina para generar un lenguaje propio en un contexto de exclusión y desigualdad. Nacido en el siglo XIX en el condado de Jiangyong, en la provincia de Hunan, este código permitió a las mujeres rurales, privadas de acceso a la educación formal, construir una cultura femenina paralela basada en la escritura, el canto y la memoria compartida. A través de autobiografías, canciones, cartas y los célebres *sanzhaoshu* –los "libros del tercer día" entregados a las recién casadas–, el Nüshu sirvió para aliviar el dolor de la separación, compartir experiencias y afirmar una identidad colectiva. Lejos de ser un simple sistema gráfico, se convirtió en lo que Zhao Liming ha definido como una "cultura de sol", un espacio de luz que permitió a las mujeres expresar sus emociones y resistir al patriarcado.

La fragilidad de esta tradición, sin embargo, marcó su historia. Muchas de las obras se destruían al morir sus autoras, y durante décadas apenas quedaron testimonios dispersos. El fallecimiento de Yang Huanyi en 2004, última gran portadora del Nüshu, simbolizó el paso a una "era post-Nüshu" que amenazaba con la extinción de esta práctica. Frente a este riesgo, tanto el Estado chino como investigadores y artistas emprendieron un esfuerzo de rescate y preservación. La creación de museos, la inclusión del Nüshu en el Registro Nacional de Patrimonio Documental y su reconocimiento como patrimonio cultural inmaterial en 2006 son hitos que han permitido no solo conservarlo, sino también resignificarlo como un símbolo de creatividad y resiliencia femenina.

El renacimiento contemporáneo del Nüshu ha ido más allá de la investigación académica: ha inspirado obras artísticas como la sinfonía *Nüshu: The Secret Songs of Women* de Tan Dun, que llevó su esencia a escenarios internacionales, convirtiendo una cultura secreta y local en un patrimonio compartido globalmente. Este proceso, sin embargo, plantea un dilema: si bien la musealización y la globalización pueden despojar al Nüshu de su carácter íntimo, también aseguran su supervivencia y lo revalorizan como ejemplo universal de resistencia cultural. En paralelo, la digitalización, la estandarización de caracteres y la enseñanza en escuelas contribuyen a que no quede reducido a un objeto de nostalgia, sino que se proyecte hacia el futuro.

En conclusión, el Nüshu es mucho más que una rareza lingüística: es la cristalización de la sabiduría, la creatividad y la solidaridad de mujeres que encontraron en la escritura un refugio frente al silencio impuesto. Su paso "de las lágrimas al sol" muestra cómo una tradición nacida en el dolor puede convertirse en emblema de fuerza y esperanza. La conservación de este legado no solo garantiza la memoria de aquellas mujeres del valle del Xiao, sino que también inspira a repensar el papel de la cultura como herramienta de resistencia y transformación social.

5. Why Footbinding Persisted in China for a Millennium:

La práctica del vendado de pies, que perduró en China durante más de mil años, constituye uno de los ejemplos más estremecedores de cómo los ideales de belleza y las estructuras sociales pueden transformar el cuerpo femenino en objeto de control y opresión. Su origen se remonta al siglo X, cuando la bailarina Yao Niang cautivó al emperador Li Yu con su danza sobre pies en forma de media luna. Desde entonces, el pie diminuto adquirió un valor simbólico y erótico, que pronto se convirtió en signo de refinamiento y, sobre todo, de estatus social. Para las familias con hijas casaderas, el tamaño del pie no solo definía la belleza, sino que actuaba como moneda de cambio para asegurar matrimonios ventajosos, de modo que la mutilación del cuerpo femenino se consolidó como vía de movilidad social.

El proceso del vendado, iniciado en la infancia, implicaba la fractura sistemática de los huesos, el estrangulamiento del arco plantar y la compresión progresiva mediante vendas, hasta reducir el pie a una longitud de apenas ocho o diez centímetros. Dolor, infecciones y discapacidad eran el precio de alcanzar el ideal del “loto dorado”. Esta violencia normalizada revela cómo la sociedad subordinaba la autonomía femenina a un canon estético impuesto, donde la belleza equivalía al sufrimiento. De hecho, el contraste histórico con figuras anteriores como Shangguan Wan’er, Li Qing-zhao o Liang Hongyu, mujeres que habían destacado en política, poesía o en el campo de batalla antes de la generalización del vendado, demuestra el retroceso que implicó esta práctica para la agencia femenina: de protagonistas de su destino a cuerpos limitados por la costumbre.

La persistencia del vendado durante un milenio se explica, en última instancia, por su valor simbólico dentro del sistema patriarcal: aseguraba obediencia, reforzaba jerarquías sociales y convertía el cuerpo de las mujeres en terreno de prestigio y control. Aunque fue abolido formalmente en el siglo XX, sus huellas recuerdan que la opresión puede perpetuarse bajo la apariencia de belleza y tradición. Reconocer esta historia es imprescindible para comprender hasta qué punto los ideales culturales pueden moldear la vida de las mujeres, y para cuestionar las formas actuales en que el dolor sigue legitimándose como sinónimo de atractivo o distinción.

7. Women in ancient and imperial China - Wikipedia

El período que abarca desde la dinastía Tang (618-907) hasta la dinastía Qing (1644-1912) presenta una transformación profunda y compleja del papel de la mujer en la sociedad china. A través de estos siglos, las condiciones políticas, culturales, legales y económicas fueron moldeando progresivamente una estructura social cada vez más patriarcal, en la que la autonomía femenina se vio erosionada por factores ideológicos y normativos, especialmente bajo la influencia del neoconfucianismo.

En la dinastía Tang, el estatus de la mujer fue relativamente elevado en comparación con épocas posteriores. Las mujeres podían participar activamente en la vida literaria, artística y religiosa: se conocen ejemplos de poetas como Song Ruoshen y Du Qiuniang, así como actividades económicas variadas como el comercio, la artesanía o el desempeño en instituciones religiosas. La estructura tributaria, aunque patriarcal, reconocía indirectamente la contribución femenina a través de las labores textiles. Sin embargo, ya en este periodo se observan prácticas de control social, como la moda de cubrir el cuerpo femenino para evitar

la mirada masculina, lo que anticipa futuras restricciones sobre la visibilidad y autonomía de las mujeres.

La dinastía Song marca un punto de inflexión. El auge del neoconfucianismo consolidó la idea de la mujer como entidad subordinada, relegada al ámbito doméstico y sujeta a estrictas normas de castidad y recato. Se institucionalizó una separación rígida entre lo masculino y lo femenino, y las mujeres comenzaron a quedar restringidas al espacio doméstico desde temprana edad. Este cambio ideológico tuvo efectos legales y sociales: la práctica de la viudez como ideal moral se reforzó, limitando el derecho a la rematrimonio y transformando la dote y las propiedades de las mujeres en patrimonio del esposo o su familia. También surgió el pie-vendado entre la élite, símbolo físico de subordinación y belleza, que encarnaba las nuevas restricciones sociales. Aunque algunas mujeres como Li Qingzhao pudieron destacar literariamente, su independencia se vio limitada por las normas de castidad y el estigma social frente a la rematrimonio.

En la dinastía Yuan, bajo dominio mongol, se observó una situación ambivalente: por un lado, las mujeres mongolas gozaban de mayor autonomía en el trabajo y la sociedad; por otro, se reforzaron las leyes confucianas en la comunidad Han. La política Yuan adoptó y radicalizó preceptos neoconfucianos, prohibiendo prácticas como la rematrimonio y las dotes retornadas, consolidando así un sistema que subordinaba a la mujer y restringía sus derechos patrimoniales. A pesar de ello, figuras como Guan Daosheng o Sengge Ragi muestran que existieron mujeres con influencia cultural notable, aunque excepcionales en comparación con la norma.

La dinastía Ming amplificó las restricciones previas, convirtiendo la castidad y la viudez en virtudes supremas, con un fuerte componente ritual y moral. Las viudas castas fueron objeto de culto, con la construcción de arcos conmemorativos y premios oficiales, mientras que la rematrimonio se penalizaba legalmente. Este ideal se convirtió en un elemento cultural dominante, reforzado por la literatura y la moral pública. El énfasis en la castidad incluso llevó a un aumento de suicidios femeninos para preservar el honor, evidenciando el costo social y personal de estas normas. Por contraste, surgieron figuras literarias como Pan Jinlian, símbolo de la “mujer licenciosa” y objeto de crítica moral, lo que revela cómo la literatura reflejaba y reforzaba estas normas sociales.

La dinastía Qing consolidó la subordinación femenina, institucionalizando las normas confucianas y restringiendo aún más la movilidad y los derechos de las mujeres. La práctica del vendado de pies persistió como símbolo de estatus y sumisión, mientras que el rol de la mujer se circunscribía casi exclusivamente al ámbito doméstico y reproductivo. La ley negaba a la mujer la propiedad sobre bienes propios, reforzando su dependencia económica y social del esposo y su familia. El reconocimiento social de la mujer estaba ligado a su capacidad reproductiva y su adhesión a las normas de obediencia y castidad, reflejando una jerarquía de género profundamente arraigada.

En conjunto, el análisis de estos períodos revela una trayectoria clara: mientras que en la dinastía Tang existían mayores espacios de participación femenina, las sucesivas transformaciones políticas, legales y culturales —especialmente bajo el neoconfucianismo— fueron construyendo un modelo de subordinación sistemática de la mujer. Este proceso implicó la limitación de sus derechos civiles, la restricción de su movilidad y su participación

social, y la imposición de un ideal moral basado en la castidad y la obediencia. El control sobre el cuerpo femenino —desde la vestimenta hasta el vendado de pies— simboliza este proceso, convirtiéndose en un elemento central de la regulación social y moral de las mujeres.

Este recorrido histórico no solo refleja la evolución del papel femenino, sino también cómo las ideas filosóficas, las leyes y las prácticas culturales pueden articularse para modelar estructuras sociales profundamente jerarquizadas, cuyo eco perdura incluso en la memoria histórica contemporánea.

8. Women in Ancient China - World History Encyclopedia

El fragmento presentado describe con detalle la posición de la mujer en la antigua China, revelando una estructura social profundamente patriarcal que limitaba sus derechos, su libertad y su papel en la vida pública, pero también evidenciando matices de resistencia y superación individual. El texto articula su exposición a través de varias dimensiones: el marco teórico-filosófico, la vida matrimonial y familiar, las condiciones laborales, el fenómeno de las concubinas y prostitutas, y los casos excepcionales de mujeres destacadas. En conjunto, el análisis revela cómo las normas culturales, religiosas y jurídicas funcionaban como mecanismos de control, y al mismo tiempo cómo algunas mujeres lograron trascender esos límites.

1. Marco teórico y normativo

La sociedad china antigua establecía desde sus raíces un orden jerárquico en el que las mujeres ocupaban una posición subordinada: primero respecto a su padre, luego a su esposo, y finalmente a sus hijos, dentro del sistema conocido como sancong (“tres seguimientos”). Esta subordinación estaba reforzada por una justificación filosófica basada en la teoría del yin y el yang, donde el principio masculino (yang) se asociaba con atributos valorados como fuerza, luz y superioridad, frente a la pasividad y la sumisión asignadas al femenino (yin). Estas concepciones legitimaban una discriminación estructural: desde la preferencia por los hijos varones hasta el abandono de niñas recién nacidas, reflejando un sistema de desigualdad profundamente arraigado tanto en la cultura como en la literatura, como evidencia la cita poética de Fu Hsuan.

2. Matrimonio y vida familiar

El matrimonio en la antigua China era una institución principalmente económica y social, no basada en el afecto. Las uniones eran arregladas, a menudo desde la infancia, mediadas por consideraciones astrológicas y de estatus, y formalizadas mediante rituales que simbolizaban la entrega total de la mujer a la familia del esposo. Este proceso incluía costumbres como el uso del sillón nupcial rojo y el prohibir que la novia pisara el suelo durante el traslado. El matrimonio consolidaba la subordinación femenina: las esposas eran consideradas propiedad de sus maridos, sometidas a normas estrictas como el pie vendado, y privadas de derechos como el divorcio. Asimismo, las viudas eran socialmente presionadas a no volver a casarse y carecían de herencia, lo que reforzaba su dependencia económica.

3. Trabajo y vida social

La división sexual del trabajo mostraba diferencias marcadas según clase social. Las mujeres de élite permanecían recluidas en los “espacios interiores” y su labor se centraba en la gestión doméstica y la educación de los hijos. En contraste, las mujeres campesinas trabajaban activamente en la agricultura, enfrentando condiciones duras y, en casos extremos, recurriendo a la prostitución como medio de subsistencia. La situación laboral reflejaba que la mujer, aunque indispensable para el funcionamiento económico y social, no gozaba de autonomía real, y su trabajo era invisibilizado frente a la autoridad masculina.

4. Concubinas y prostitución

La figura de la concubina y la prostitución constituyeron formas institucionalizadas de control sexual y reproductivo. Las concubinas, aunque podían tener una función estratégica —por ejemplo, asegurar un heredero masculino— no gozaban de igualdad legal ni social con la esposa legítima. Este sistema reforzaba la jerarquía masculina y la competencia femenina bajo condiciones de sumisión, mientras la prostitución se integraba en la vida urbana como una práctica tolerada socialmente, vinculada a las estructuras de poder y prestigio masculino.

5. Mujeres excepcionales

A pesar de estas limitaciones, el texto señala casos donde mujeres trascendieron los roles impuestos. Ban Zhao, erudita de la dinastía Han, defendió la educación femenina aunque dentro del marco confuciano de subordinación. Wu Zetian, única mujer en proclamarse emperatriz, rompió las barreras del poder político, aunque su reinado estuvo marcado por tensiones y ambigüedad moral según las crónicas históricas. Estos ejemplos muestran que, aunque las normas eran restrictivas, existieron espacios donde la agencia femenina logró imponerse, transformando la historia.

Conclusión

El texto revela que la condición femenina en la antigua China fue resultado de una construcción cultural, filosófica y jurídica profundamente desigual, donde la subordinación estaba naturalizada y ritualizada. Sin embargo, también evidencia que las mujeres, incluso en un contexto hostil, encontraron formas de resistir y destacar, ya fuera a través de la producción intelectual, el arte o la participación política. El análisis permite comprender que la historia de la mujer china no es solo una historia de opresión, sino también de estrategias de supervivencia y de protagonismo dentro de un orden social diseñado para limitarlas.

9. 4 Female Scientists in Ancient China | The World of Chinese

En la antigua China, la ciencia y el conocimiento fueron campos fuertemente restringidos para las mujeres, no solo por la falta de acceso a la educación formal, sino también por las normas sociales que limitaban su papel al ámbito doméstico. Incluso aquellas mujeres que aprendían a leer y escribir lo hacían, en la mayoría de los casos, para cumplir con ideales tradicionales relacionados con la maternidad y la virtud femenina. Sin embargo, a pesar de estas limitaciones, numerosas científicas lograron realizar aportaciones significativas, muchas de las cuales fueron invisibilizadas o relegadas a un segundo plano. Los casos de la esposa de Chen Baoguang, Zhang Xiugu, Tan Yunxian y Wang Zhenyi evidencian que,

aunque la historia oficial las omitiera, las mujeres han sido protagonistas de la innovación científica desde tiempos remotos.

La esposa de Chen Baoguang, activa durante la dinastía Han, es un claro ejemplo de esta invisibilidad. Aunque la tradición la identifica únicamente como “esposa de Chen Baoguang”, registros históricos atribuyen a su trabajo la mejora de un telar jacquard capaz de producir brocados finos, una innovación relevante para la industria textil. El hecho de que su identidad personal se perdiera evidencia la sistemática omisión de las mujeres en los relatos históricos. De igual forma, Zhang Xiugu, pionera en anatomía durante las dinastías del Norte y del Sur, desafió normas sociales y legales al realizar una disección postmortem para comprender una plaga. Pese al valor científico de su trabajo, fue condenada a prisión y su hijo ejecutado, lo que subraya cómo la investigación femenina podía enfrentarse a represalias severas.

En el ámbito de la medicina, Tan Yunxian destacó como ginecóloga en la dinastía Ming. Formada por su familia, documentó en su obra Miscellaneous Records of a Female Doctor tratamientos para diversas enfermedades ginecológicas. Esta contribución fue doblemente relevante: no solo aportó conocimiento médico, sino que abrió espacios para que las mujeres atendieran a otras mujeres, evitando la intervención masculina, prohibida por las normas éticas de la época. Por último, Wang Zhenyi, astrónoma y matemática de la dinastía Qing, representa un modelo de autodidactismo y superación. A pesar de morir joven, sus trabajos sobre eclipses lunares y trigonometría marcaron un hito en la ciencia china. Sus escritos poéticos reivindican explícitamente la capacidad de las mujeres para igualar a los hombres en la ciencia, planteando una pregunta aún vigente: “¿Quién dice que las mujeres no pueden ser héroes?”.

Estos ejemplos evidencian una realidad histórica clara: las mujeres científicas chinas tuvieron que enfrentarse no solo a limitaciones materiales y educativas, sino también a un silenciamiento sistemático de sus logros. Este patrón refleja una estructura patriarcal que invisibilizó sus aportaciones durante siglos. Sin embargo, su persistencia y legado demuestran que, aun en condiciones adversas, las mujeres pueden ser agentes activos del progreso científico. Reconocer y visibilizar estas figuras no es solo una cuestión de justicia histórica, sino un paso esencial para reescribir la historia de la ciencia de manera inclusiva, desmontando la idea de que la innovación es exclusivamente masculina.

10. Time to Reform These Scapegoated Women in Ancient China | The World of Chinese

La historia de la antigua China está llena de relatos en los que mujeres han sido convertidas en chivos expiatorios de la decadencia política y de la caída de dinastías. La reciente representación de Daji en la película Creation of the Gods, que la muestra como un ser inocente incapaz de distinguir entre el bien y el mal, reabre un debate central: ¿por qué durante siglos se culpó a mujeres y a su belleza de crisis que, en realidad, fueron producto de gobiernos corruptos, ambiciones masculinas y conflictos estructurales? Este cuestionamiento invita a revisar de manera crítica el peso de la misoginia en la historiografía china y a devolver a estas figuras una interpretación más justa.

El caso de Daji es paradigmático. Durante siglos fue representada como la concubina perversa y seductora que provocó la caída de la dinastía Shang, aunque las crónicas también describen a Zhou como un rey cruel y despótico. La demonización de Daji no es un

hecho aislado: idioms como hóngyán huòshuǐ (“la belleza femenina trae desgracias”) condensan una tradición que coloca a las mujeres como responsables de la inestabilidad política. La misma lógica se aplicó a Xi Shi, acusada de causar la ruina del Estado de Wu, aunque poetas como Luo Yin ya denunciaron la incoherencia de atribuirle semejante poder destructivo.

El patrón se repite con Moxi, Xuanjiang y Xiaji. La primera, entregada como botín de guerra al rey Jie de Xia, fue retratada como indulgente y cruel, aunque testimonios alternativos la muestran como víctima de un régimen opresivo. Xuanjiang, obligada a matrimonios políticos, fue tachada de promiscua y vilipendiada durante siglos, ignorando que sus decisiones estaban dictadas por costumbres y por la coerción de su contexto. Xiaji, convertida en sinónimo de mal augurio, aparece en crónicas como la responsable de muertes y ruinas de estados, cuando en realidad su vida estuvo marcada por los deseos de los hombres que la utilizaron y desecharon.

Este fenómeno no responde a la realidad histórica de estas mujeres, sino a la necesidad de encontrar un culpable femenino para males estructurales. Como ya advirtió Lu Xun en el siglo XX, en sociedades patriarcales los hombres escriben la historia para hombres, y en esa escritura atribuyen a las mujeres un poder destructor que en verdad nunca tuvieron. Lejos de ser agentes de decadencia política, estas figuras fueron víctimas de sistemas de poder que las instrumentalizaron y luego las culparon.

En conclusión, la revisión crítica de figuras como Daji, Moxi, Xuanjiang o Xiaji no solo corrige injusticias históricas, sino que también revela cómo la narrativa patriarcal ha condicionado nuestra comprensión del pasado. Reformar la memoria de estas mujeres significa reconocer que la ruina de dinastías y estados no fue consecuencia de “mujeres fatales”, sino de gobernantes incapaces, estructuras desiguales y la persistente necesidad de proyectar la culpa sobre lo femenino. La historia, en este sentido, no es un registro neutro, sino un campo de poder donde se perpetuaron prejuicios que hoy debemos desmantelar.

11. Exceptional mothers in ancient times | The World of Chinese

La figura materna en la tradición china ocupa un lugar central, no solo en el ámbito familiar, sino también en la construcción simbólica de la historia. En una sociedad profundamente marcada por el confucianismo y la piedad filial, ser una madre virtuosa era una de las escasas vías mediante las cuales una mujer podía trascender la invisibilidad a la que estaba condenada en la historiografía oficial. Los relatos de Mencius, Tao Kan, Ouyang Xiu y Yue Fei ilustran cómo la madre se convierte en garante de la moral, la educación y la lealtad, configurando un modelo de virtud femenina que, sin embargo, es también expresión de los límites impuestos a las mujeres.

El ejemplo más emblemático es el de la madre de Mencio, quien, moviéndose tres veces para garantizar un buen entorno educativo, encarna la idea confuciana de que la virtud materna se transmite en la formación del hijo. El sacrificio y la previsión de esta madre se transformaron en proverbio, demostrando cómo la memoria histórica convierte la figura femenina en símbolo didáctico al servicio del orden moral. Lo mismo ocurre con la madre de Tao Kan: su decisión de cortarse el cabello para ofrecer hospitalidad y su rechazo a aceptar pescado enviado como propiedad pública no solo definen a Tao como un hombre justo, sino

que refuerzan el valor de la integridad, proyectando sobre la madre la responsabilidad de moldear al funcionario honesto.

Del mismo modo, la madre de Ouyang Xiu, enseñando a su hijo a escribir con arena y cañas por carecer de recursos, se convierte en emblema del poder educativo de la maternidad frente a la pobreza. Y en el caso de Yue Fei, la leyenda de la madre que le tatúa en la espalda “Servir al país con la máxima lealtad” no solo exalta la fidelidad patriótica del héroe, sino que convierte a la madre en garante de su rectitud moral, como si el cuerpo del hijo necesitara ser literalmente marcado por la voluntad materna.

No obstante, aunque estas historias enaltecen a las madres, también evidencian una limitación profunda: la mujer solo adquiere visibilidad y prestigio a través de los logros de sus hijos varones. Sus virtudes no se reconocen por sí mismas, sino en la medida en que contribuyen a la grandeza masculina, ya sea filosófica, militar o política. La madre virtuosa es celebrada, pero al mismo tiempo es reducida a un papel subsidiario, cuya función consiste en garantizar la virtud del linaje.

En conclusión, los relatos de las “madres ejemplares” de la tradición china muestran una tensión entre reconocimiento y subordinación. Por un lado, exaltan a la mujer como portadora de sabiduría y virtud moral; por otro, la confinan a un rol de transmisora, sin espacio para su propia autonomía histórica. Este modelo, profundamente confuciano, perpetúa la idea de que la única forma de trascendencia femenina es ser recordada como “la madre de un gran hombre”. Releer críticamente estas narraciones implica, entonces, reconocer tanto su valor cultural como los límites que impusieron al protagonismo femenino en la historia.

12. Choice Chengyu: Sexist Sayings | The World of Chinese

El lenguaje, lejos de ser un mero vehículo neutral de comunicación, refleja y perpetúa las estructuras de poder de las sociedades que lo producen. El caso de los *chengyu* sexistas de la tradición china es un ejemplo claro de cómo la desigualdad de género ha quedado inscrita en la lengua, normalizando estereotipos y reforzando roles que limitan a las mujeres. Aunque hoy se conmemoren días como el *Women’s Equality Day* o se desarrollen movimientos globales en favor de la igualdad, estos rastros históricos demuestran que la discriminación se mantiene incluso en expresiones cotidianas.

En primer lugar, muchos de estos *chengyu* reducen a la mujer a su apariencia física, exaltándola o despreciándola en función de su belleza. Expresiones como 红颜祸水 (“la mujer hermosa como fuente de calamidad”) responsabilizan a las mujeres de la ruina de héroes y reinos, sin otorgarles agencia política real. Por otro lado, 人老珠黄 (“perlas que amarillean con la edad”) enfatiza la idea de que la valía de la mujer se mide únicamente en su juventud y atractivo, consolidando una visión utilitarista y efímera de lo femenino.

En segundo lugar, se observa una clara obsesión con la pureza sexual y la fidelidad. Términos como 水性杨花 (“flor de álamo, ligera e inconstante”) o 残花败柳 (“flores marchitas y sauces secos”) estigmatizan a las mujeres que no cumplen con la expectativa de virginidad o lealtad conyugal. Estas expresiones refuerzan la idea de que la dignidad femenina depende del control de su cuerpo y su conducta, en contraste con la libertad sexual de los hombres, jamás cuestionada en los mismos términos.

Otro aspecto relevante es la representación de la mujer como incapaz de razonamiento autónomo. El *chengyu* 妇人之仁 (“benevolencia femenina”) presenta la compasión como un defecto, en oposición a la supuesta firmeza masculina, y 妇孺皆知 (“hasta mujeres y niños lo saben”) reproduce la noción de inferioridad intelectual. Se trata de fórmulas lingüísticas que no solo desprecian el pensamiento femenino, sino que lo convierten en sinónimo de debilidad y falta de juicio.

Por último, varios de estos *chengyu* fijan el rol de la mujer exclusivamente en el ámbito doméstico. Expresiones como 夫唱妇随 (“el marido canta y la mujer sigue”), 相夫教子 (“ayudar al esposo y educar a los hijos”) y 贤妻良母 (“esposa virtuosa y madre ejemplar”) legitiman la subordinación femenina bajo el ideal confuciano de obediencia y sacrificio familiar. Incluso cuando parecen cumplidos, reducen la identidad femenina a su utilidad en la esfera privada, negando su valor como individuos con aspiraciones propias.

En conclusión, estos *chengyu* no son simples fórmulas lingüísticas: son huellas de una ideología patriarcal que durante siglos condicionó la visión de la mujer en China. Su persistencia hasta hoy, incluso en registros aparentemente neutros, demuestra la necesidad de revisarlos críticamente. Reconocer la carga sexista del lenguaje es un paso indispensable no solo para comprender la historia de la desigualdad de género, sino también para transformar los discursos que, todavía en el presente, limitan la libertad y la dignidad de las mujeres.

13. Roles of Men, Woman and Children - Ancient China

El estudio de los roles de género en la China antigua permite comprender cómo el pensamiento confuciano no solo estructuró la organización política y social, sino también la vida íntima de las familias. El texto presentado muestra cómo la mujer fue reducida a un papel subordinado, definido casi exclusivamente por su función reproductiva y doméstica, mientras que los hombres concentraban el poder y la autoridad. Esta división desigual de funciones revela una lógica jerárquica en la que el valor de la mujer se medía en función de su utilidad para perpetuar el linaje, más que por su capacidad individual o su derecho a la autonomía.

El peso del confucianismo se hace evidente en la insistencia en que “cada uno tiene su rol en la sociedad” y debe comportarse de acuerdo con él. Para la mujer, este rol estaba delimitado por tres obediencias: al padre, al marido y al hijo. De este modo, no solo se la despojaba de poder en el matrimonio, sino que incluso su descendencia masculina llegaba a ocupar un lugar jerárquico superior. La maternidad, además, no era valorada por sí misma, sino condicionada por la capacidad de engendrar hijos varones, lo que justificaba socialmente la poligamia y la rematrimonialización masculina.

Sin embargo, el texto también muestra que las mujeres no fueron completamente pasivas en esta dinámica. Aunque limitadas, existían ocupaciones como la industria textil, la venta en mercados o el entretenimiento, que les permitían cierto grado de actividad económica, aunque sin garantizar independencia ni prestigio. La idea de que una mujer soltera carecía de respeto social refleja hasta qué punto la identidad femenina estaba ligada al matrimonio. Pese a ello, casos como los de la emperatriz Lü, la emperatriz Wu Zetian o la historiadora Ban Zhao demuestran que, en contextos excepcionales, algunas mujeres lograron desafiar las normas y ocupar posiciones de poder o reconocimiento intelectual. Estos ejemplos,

aunque minoritarios, evidencian que las estructuras patriarcales podían ser cuestionadas, aun dentro de un marco que tendía a invisibilizarlas.

El rol de los hijos, por su parte, también revela la lógica patriarcal: mientras eran pequeños, permanecían bajo la enseñanza de la madre, pero en cuanto alcanzaban cierta edad eran transferidos al padre para aprender los “verdaderos” deberes masculinos. Así, incluso en la crianza, se refleja la jerarquización de valores entre lo femenino y lo masculino, asignando a la mujer un papel transitorio y secundario.

En conclusión, los roles de hombres, mujeres y niños en la China antigua, tal como muestra el texto, consolidan un sistema en el que la supremacía masculina estaba legitimada tanto en la familia como en la sociedad. Si bien existieron excepciones notables que rompieron con este esquema, lo dominante fue una cultura en la que la mujer era reducida a madre, esposa y servidora, con escasas posibilidades de autonomía. Revisar críticamente esta estructura permite comprender no solo la desigualdad histórica, sino también las raíces culturales que, en muchos aspectos, siguen influyendo en la percepción del género en sociedades actuales.

14. FAMILIES IN CHINA: LINEAGES, MARRIED LIFE, EXTENDED FAMILIES AND GENDER ROLES | Facts and Details

El texto sobre la familia china tradicional y contemporánea muestra la centralidad de esta institución como núcleo estructurador de la sociedad, así como los cambios que ha experimentado bajo la influencia del confucianismo, el comunismo y la modernización. En la tradición confuciana, la familia no solo era una unidad doméstica, sino también un microcosmos de la jerarquía social: el padre ocupaba la posición dominante, la madre asumía la función de crianza y gestión del hogar, y los hijos, especialmente el primogénito varón, estaban destinados a continuar el linaje y a sostener a los padres en la vejez. Este modelo patriarcal, que concebía el matrimonio como deber más que como elección, limitaba la autonomía femenina al convertir a la esposa en una figura subordinada a los suegros y dependiente del marido.

Sin embargo, el texto revela que, dentro de estas jerarquías, existían espacios de poder femenino: las esposas eran consideradas “dueñas de la casa” y responsables de las finanzas familiares, un rol que, aunque subordinado al patriarca, les otorgaba una capacidad de decisión real en la vida cotidiana. Aun así, las jóvenes esposas eran las más vulnerables, pues sufrían la presión de la suegra y quedaban atrapadas en un sistema en el que las tensiones familiares eran frecuentes. Este fenómeno, tan relevante, fue incluso objeto de discursos políticos en la China contemporánea, como muestra la referencia a Deng Xiaoping.

La transmisión del apellido, la herencia y la responsabilidad hacia los padres recaía en los hijos varones, lo que explica la histórica preferencia por los niños. En las familias pobres, esta presión derivaba en estrategias dolorosas: adopción de hijos, venta de hijas como concubinas o prostitución, o matrimonios arreglados que alteraban el sistema patrilineal. Así, la familia cumplía una doble función: unidad afectiva y unidad económica, en la que la clase social determinaba el tamaño y la complejidad estructural de los hogares.

Con la llegada del siglo XX y las reformas del Partido Comunista, muchos de estos valores fueron transformados, aunque no eliminados. El Estado asumió parte del rol de protección social y buscó regular el tamaño de las familias mediante políticas de natalidad y control de los matrimonios. El matrimonio dejó de ser visto únicamente como una institución patriarcal, y comenzó a reconocerse cierta libertad a las parejas jóvenes para establecer su propio hogar. Aun así, las tensiones entre tradición y modernidad persisten: en el campo, la estructura familiar extensa sigue siendo dominante, mientras que en las ciudades las parejas tienden a reducirse a núcleos más pequeños, incluso dejando a los hijos al cuidado de los abuelos para gozar de mayor independencia.

En conclusión, la familia china, según se refleja en el texto, es una institución marcada por la continuidad de tradiciones confucianas y la adaptación a las exigencias de la modernidad. La supremacía masculina y la primacía del hijo varón siguen presentes, pero conviven con nuevas concepciones de matrimonio y vida doméstica. Esta tensión entre tradición y cambio ilustra cómo, pese a la globalización y las políticas estatales, la familia sigue siendo un pilar central de la identidad cultural china, cargado de valores, jerarquías y contradicciones que se arrastran desde la antigüedad hasta hoy.

15. CHINESE WOMEN: STATUS, STATISTICS, GENDER ROLES AND VILLAGE LIFE | Facts and Details

El texto *Women in China* ofrece una visión amplia y crítica de la condición femenina en la sociedad china, tanto en su dimensión histórica como en su evolución hacia la modernidad. A través de datos, testimonios y referencias culturales, el texto revela cómo las mujeres han ocupado un lugar estructuralmente subordinado dentro del orden patriarcal chino, determinado por el pensamiento confuciano y las costumbres tradicionales, aunque también muestra los avances y resistencias que han transformado parcialmente ese rol.

Históricamente, la mujer china fue concebida como un ser silencioso, obediente y discreto, cuyo valor residía en su capacidad de servir al marido, cuidar del hogar y dar a luz hijos varones. Esta idea, profundamente enraizada en la moral confuciana, establecía una jerarquía rígida basada en las llamadas “tres obediencias”: sumisión al padre en la infancia, al esposo en la madurez y al hijo en la vejez. Así, el rol femenino se definía no por la autonomía, sino por la dependencia y la lealtad al hombre. Expresiones como “criar a una hija es como engordar un cerdo para otro” o la práctica del *foot binding* —que limitaba físicamente a las mujeres en nombre de la belleza y el control— evidencian el grado extremo de dominación patriarcal y deshumanización que sufrían.

Sin embargo, el texto también subraya la paradoja del sistema: pese a su marginación legal y social, las mujeres asumieron una fuerza resiliente, una capacidad de adaptación que muchos analistas, como el profesor Fu Tan-ming, identifican como signo de su resistencia histórica. En los períodos imperiales, figuras como la emperatriz Wu Zetian o la emperatriz viuda Cixi desafiaron los límites de género y alcanzaron el poder político, lo que demuestra que incluso en un sistema de opresión podían surgir excepciones significativas. No obstante, estas mujeres eran tratadas más como anomalías que como modelos posibles.

Con la modernización y la llegada del comunismo en el siglo XX, las mujeres comenzaron a incorporarse al espacio público y laboral, alentadas por las políticas igualitarias del régimen. El trabajo en fábricas, la educación y la participación en la política marcaron un cambio

sustancial respecto a los siglos anteriores. Los datos estadísticos citados en el texto —como la alta tasa de escolarización femenina o el 25% de representación parlamentaria— evidencian un progreso real en términos de acceso y visibilidad. Sin embargo, la persistencia de brechas en la participación laboral y la sobrecarga doméstica (3,68 horas diarias frente a 1,42 de los hombres) muestran que la igualdad formal no se traduce aún en una igualdad efectiva.

El texto también resalta cómo el ideal femenino tradicional, asociado a la "dulzura", la modestia y la sumisión, sigue pesando sobre las mujeres contemporáneas. Muchas son juzgadas no por su autonomía o logros profesionales, sino por su "feminidad" o su rol como esposas y madres. La obra *Leftover Women* de Leta Hong Fincher, mencionada en el texto, ilustra esta regresión cultural: incluso en contextos urbanos y modernos, las mujeres solteras o sin hijos son estigmatizadas como "sobrantes", y la preferencia por los varones en la herencia o las inversiones familiares persiste como un eco del pasado imperial.

En conclusión, *Women in China* revela un profundo contraste entre la tradición y la modernidad. Si bien las mujeres chinas han conquistado espacios de educación, trabajo y representación política, las estructuras culturales y simbólicas del patriarcado continúan limitando su libertad y reconocimiento. La sociedad china, anclada en valores de "armonía" y jerarquía, sigue reproduciendo desigualdades de género que se disfrazan de respeto a la tradición. No obstante, la resiliencia histórica de las mujeres y su creciente protagonismo en la vida pública sugieren una transformación paulatina: una lucha silenciosa pero constante por redefinir la feminidad china más allá del mandato confuciano y del ideal de la "mujer sumisa", hacia una identidad propia, plural y emancipada.

16. WOMEN IN TRADITIONAL CHINESE SOCIETY | Facts and Details

El texto *Traditional Ideas About Women and Gender in China* analiza las raíces históricas, filosóficas y culturales de la desigualdad de género en la civilización china, mostrando cómo las concepciones tradicionales sobre la mujer fueron institucionalizadas en la estructura familiar, en el pensamiento confuciano y en las costumbres sociales. A lo largo de los siglos, esta ideología patriarcal no solo relegó a las mujeres a la esfera doméstica, sino que también construyó una visión del mundo en la que la inferioridad femenina era considerada un principio natural y moralmente justificado.

Desde tiempos antiguos, la mujer fue educada para cumplir un único propósito: servir como buena esposa, madre obediente y nuera diligente. La educación femenina se centraba en las *Cuatro Virtudes* —virtud, habla, porte y trabajo—, que definían el ideal de comportamiento femenino dentro de un sistema en el que el valor de una mujer dependía de su capacidad para satisfacer las necesidades de los hombres de su familia. La responsabilidad por su conducta recaía, además, en su madre, lo que perpetuaba el ciclo de subordinación de generación en generación. Esta estructura moral reflejaba la lógica jerárquica confuciana, donde la autoridad masculina era incuestionable y el linaje se transmitía exclusivamente por vía paterna.

La importancia del hijo varón, en contraposición con la figura de la hija, era consecuencia directa de esta visión familiar. Según los testimonios citados por el Dr. Eno, la continuidad espiritual y material de la familia dependía de los hijos hombres, pues eran ellos quienes rendían culto a los antepasados y aseguraban la prosperidad del linaje. En cambio, las

hijas, destinadas a abandonar su hogar para unirse a otra familia, eran percibidas como una pérdida económica, “agua derramada”, en palabras del proverbio popular. Esta concepción no solo desvalorizaba a las mujeres, sino que negaba su identidad individual: al casarse, perdían su nombre y se convertían en propiedad del marido y de sus suegros.

A nivel filosófico, la subordinación femenina encontraba justificación en la cosmología tradicional china. Arthur Henderson Smith señala que, según el *Libro de los Ritos*, la mujer era al hombre lo que la tierra al cielo: un principio pasivo, oscuro y dependiente. La dualidad *Yin-Yang* fue reinterpretada para legitimar la jerarquía de género, asociando el *Yin* (femenino) con la debilidad, la oscuridad y el mal, y el *Yang* (masculino) con la fuerza, la razón y la vida. De esta manera, la dominación masculina se convirtió en una “ley natural”, y la sumisión femenina, en la única vía hacia la virtud y la felicidad. Esta ideología encontró su expresión más cruel en prácticas como el *foot binding*, que limitaba la movilidad de las mujeres bajo la apariencia de refinamiento y belleza, y simbolizaba su dependencia física y social.

El matrimonio, como institución central, consolidaba este orden patriarcal. Las mujeres eran separadas de sus familias de origen y obligadas a servir a la familia del marido, especialmente a los suegros, quienes ejercían sobre ellas un control absoluto. La figura de la suegra, a menudo descrita en los textos como autoritaria y cruel, reproducía la misma opresión que había sufrido en su juventud, perpetuando así el ciclo de sometimiento. Las visitas al hogar materno eran escasas y reguladas, y la pérdida de ese vínculo se vivía como una tragedia. La descripción de Arthur Henderson Smith de las mujeres chinas que, ya ancianas, seguían intentando visitar simbólicamente la casa de su madre, ilustra la profunda nostalgia y desarraigo que caracterizaban la vida femenina.

No obstante, el texto también reconoce que la opresión no fue una condición estática. Algunos pensadores, como el Dr. Eno, matizan que, aunque los textos clásicos fueron escritos por hombres y para hombres, no todos defendían explícitamente la inferioridad femenina. En ciertas corrientes, como el taoísmo, se valoraron positivamente los atributos femeninos —la suavidad, la flexibilidad, la capacidad de nutrir—, interpretándolos como cualidades esenciales de la armonía universal. Además, con la llegada del comunismo en el siglo XX y las reformas del Derecho de Familia de 1950, las mujeres obtuvieron nuevos derechos: libertad de divorcio, igualdad jurídica y participación en el trabajo asalariado. Estos avances, sin embargo, coexistieron con la persistencia de las viejas costumbres, especialmente en las zonas rurales, donde el matrimonio seguía siendo un contrato social más que una unión de afecto.

En conclusión, el texto *Traditional Ideas About Women and Gender in China* muestra cómo la desigualdad de género en China tiene raíces profundamente históricas y simbólicas, ancladas en la estructura familiar y en el pensamiento filosófico confuciano. La mujer fue concebida como el reflejo pasivo del hombre, destinada a servirlo en vida y en la muerte, y su valor social dependía exclusivamente de su rol reproductivo. A pesar de las transformaciones legales y sociales del siglo XX, las tradiciones continúan ejerciendo una influencia considerable, recordando que el patriarcado chino no solo fue una práctica social, sino un sistema de pensamiento que modeló la identidad femenina durante milenios. Frente a ello, el desafío contemporáneo consiste en reconciliar el respeto por la tradición con la

reivindicación de una verdadera igualdad de género, capaz de reconocer a las mujeres como sujetos plenos de dignidad, autonomía y pensamiento.

17. CONCUBINES AND MISTRESSES IN CHINA | Facts and Details

El fenómeno de las concubinas en China constituye uno de los aspectos más reveladores de la estructura patriarcal y jerárquica de la sociedad tradicional china. Más que un simple rasgo de la vida doméstica, la práctica del concubinato reflejaba una organización social donde el poder, el género y el prestigio se entrelazaban para mantener la supremacía masculina y la subordinación femenina. A través de los siglos, la figura de la concubina funcionó como un símbolo ambivalente: por un lado, representaba el lujo, la abundancia y el estatus del hombre que podía "poseerla"; por otro, encarnaba la fragilidad y la dependencia absoluta de las mujeres en un sistema que las reducía a bienes intercambiables.

Desde el punto de vista legal y moral, la existencia de concubinas estuvo profundamente ligada al ideal confuciano de la familia patriarcal. Como recuerda George P. Monger, la ley prohibía que un hombre tomara una segunda esposa mientras viviera la primera, pero permitía que mantuviera concubinas, lo que institucionalizaba una forma de poligamia encubierta. La esposa legítima era, en teoría, la autoridad doméstica y moral, mientras que las concubinas ocupaban una posición subordinada, debiendo pedir permiso incluso para sentarse en su presencia. Sin embargo, esta jerarquía no implicaba protección alguna: las concubinas dependían totalmente de la voluntad del "amo" y carecían de derechos sobre sus propios hijos, que legalmente pertenecían a la esposa principal. Este sistema reflejaba la lógica patriarcal de la posesión masculina, donde las mujeres —ya fueran esposas o concubinas— existían para servir a la reproducción del linaje y al placer del hombre.

El texto recoge, a través de testimonios de autores como Arthur Henderson Smith, la brutalidad y la miseria que acompañaban a esta práctica. Las concubinas eran a menudo víctimas de violencia física y psicológica, humilladas por sus "señores" y perseguidas por los celos de las esposas legítimas, en un ambiente doméstico descrito como "de amargura constante". La expresión popular "sipping vinegar" (beber vinagre) se convirtió en un eufemismo para designar los celos femeninos dentro de los hogares polígínicos, metáfora de la acidez y el sufrimiento que caracterizaban esas relaciones. En los casos más extremos, como narran los cronistas del siglo XIX, las concubinas eran compradas en épocas de hambruna o castigadas cruelmente por escapar, lo que evidencia hasta qué punto la mujer era concebida como propiedad transferible.

Más allá de su dimensión privada, el concubinato tuvo una fuerte carga simbólica en la cultura imperial. Los emperadores y altos funcionarios solían mantener harenes de concubinas como muestra de poder político y virilidad. La posesión de numerosas mujeres era una señal visible de éxito y riqueza, y los hijos nacidos de concubinas podían incluso heredar el trono, si demostraban mayor capacidad que los nacidos de la esposa principal. De este modo, la sexualidad y la reproducción se integraban en el sistema de poder masculino: el cuerpo femenino era un instrumento de legitimación social. La misma estructura jerárquica que regía la familia —con el marido como soberano y las mujeres como súbditas— se reproducía en la esfera imperial, donde las concubinas del emperador simbolizaban su dominio sobre los cuerpos y los destinos de los demás.

Sin embargo, el texto también señala cómo la práctica del concubinato, pese a su abolición legal en 1949 bajo el régimen comunista, ha resurgido en formas contemporáneas. El fenómeno moderno de las *"little wives"* o *"little thirds"* muestra una continuidad cultural: las relaciones extramatrimoniales entre hombres poderosos y mujeres jóvenes que buscan seguridad económica. Aunque ya no se trata de una institución legal, el principio que la sustenta —el intercambio entre sexo, dinero y estatus— sigue reflejando la desigualdad estructural entre los géneros. Las declaraciones de mujeres que "esperan" las infidelidades de sus maridos o las estadísticas que muestran altos índices de relaciones extramatrimoniales demuestran que la mentalidad patriarcal, profundamente arraigada, sobrevive bajo nuevas formas. El concubinato moderno, disfrazado de relación voluntaria o de ascenso social, perpetúa la objetificación de la mujer y convierte su cuerpo en mercancía dentro de una economía del deseo.

En este sentido, el texto plantea una paradoja inquietante: mientras China ha avanzado económicamente y se ha modernizado en numerosos aspectos, las relaciones de poder entre hombres y mujeres continúan marcadas por la desigualdad simbólica. Las "concubinas del siglo XXI" no viven en los palacios imperiales, pero habitan el mismo imaginario de dependencia, lujo y silencio. La mercantilización del cuerpo femenino, reforzada por el auge del consumo y la ostentación, reactiva los antiguos códigos del patriarcado bajo una estética contemporánea: el deseo masculino como signo de éxito, y la juventud femenina como bien de cambio.

En conclusión, *Concubines in China* no solo describe una práctica histórica, sino que ofrece un espejo donde se reflejan las continuidades de la desigualdad de género en la sociedad china. El concubinato fue, y en parte sigue siendo, una institución que legitimó la dominación masculina mediante el control del cuerpo y la sexualidad de las mujeres. Su persistencia —desde las cortes imperiales hasta las relaciones extramaritales modernas— revela que la liberación femenina no depende solo de leyes o transformaciones económicas, sino de una profunda revisión cultural de las nociones de poder, deseo y dignidad. Mientras la mujer siga siendo medida por su utilidad o su juventud, y no por su autonomía y pensamiento, la sombra del antiguo concubinato seguirá proyectándose sobre el presente.